

## REVISTA DE LIBROS

*Saving the Differences: Essays on Themes from Truth and Objectivity*, de CRISPIN WRIGHT. CAMBRIDGE MA: HARVARD UNIVERSITY PRESS, 2003. x+549 pp., 35, 95 £

La presente colección incluye la *Gareth Evans Memorial Lecture*, en la que Wright expuso por vez primera las ideas desarrolladas en su libro *Truth and Objectivity* [Cambridge MA, Harvard University Press, 1992]. Contiene también los artículos en los que responde a sus críticos, desarrolla ulteriormente de modo substantivo varios de los argumentos, y aplica las ideas a otros debates. Los artículos más recientes han sido publicados diez años después de la aparición del libro antes mencionado.

El proyecto de *Truth and Objectivity* consiste crucialmente en disociar la cuestión de si hay verdades en un cierto ámbito de discurso de los debates acerca de la objetividad de tales ámbitos. Dicho proyecto ha sido examinado críticamente en numerosas publicaciones de las que son buena muestra la muy útil relación de más de un centenar de ellas que, bajo el epígrafe “Additional Readings”, se adjunta al final del volumen. Los artículos recopilados ahondan en este influyente proyecto mostrando *diferencias*: las distintas formas que la objetividad —o su ausencia— pueden tomar en diversos ámbitos de discurso igualmente aptos para la verdad. La colección se divide en cinco partes, “Realism Reconfigured”, “Replies to Critics”, “Ethics”, “Truth”, y “Response-Dependence and Cognitive Command,” cada una de las cuales viene precedida por una introducción en la que se esbozan las líneas generales de su contenido.

La parte I constituye una exposición concisa del proyecto de *Truth and Objectivity*. Wright aboga por una reconfiguración del debate tradicional acerca del realismo que viene motivada por dos elementos: el *minimismo* acerca de la verdad —y la aptitud para la verdad—, y el *pluralismo* acerca de los aspectos relevantes para la objetividad de un ámbito de discurso. El punto de vista minimista acerca de la verdad consiste, dicho brevemente, en mantener que es necesario y suficiente para que un predicado cuente como predicado de verdad el que satisfaga cada uno de los “lugares comunes” (*platitudes*) sobre la verdad de un cierto conjunto básico: por ejemplo, que aseverar es presentar algo como verdadero; que ‘S’ es verdadero si y solo si S (el esquema desentrecomillador); que enunciados que son aptos para la verdad tienen negaciones que también lo son; que la verdad es una cosa, la justificación otra; que ser verdadero es corresponder a los hechos; y así sucesivamente. El minimismo acerca de la aptitud para la verdad comprende, para resumirlo de nuevo con brevedad, dos tesis gemelas: (i) que todo discurso asertivo permite la definición sobre sus elementos de un predicado que cuenta como predicado de verdad a la luz de la propuesta minimista acerca de la verdad; y (ii) que un discurso debe contar como asertivo si sus enunciados constituyentes están sujetos a ciertas restricciones mínimas de sintaxis—incrustabilidad en negación, condicional, contextos de actitud proposicional, y así sucesivamente— y de disciplina: su uso debe estar gobernado por estándares de justificación (*warrant*) convenidos” [pp. 4-5]. Dado que

casi todas las áreas que tradicionalmente han suscitado debates acerca del realismo satisfacen estas condiciones mínimas —por ejemplo, las tesis antirealistas de tipo expresivista (en el ámbito en cuestión los enunciados no tienen contenidos evaluables en términos de verdad o falsedad) así como, de modo más matizado, las que pertenecen al tipo de las teorías del error (en el ámbito en cuestión no hay enunciados evaluables como verdaderos)— deben ser reformuladas. La propuesta pluralista de *Truth and Objectivity* a este respecto se articula entorno a cuatro aspectos relevantes para el realismo: *Evidential Constraint* —hay hechos posteriores a los establecidos por los mejores indicios—, *Euthypro Contrast* —la verdad explica la super-aseverabilidad—, *Width Cosmological Role* — los hechos figuran en explicaciones de otros fenómenos que no involucran representaciones de los mismos—, y *Cognitive Command*— las divergencias de opinión acerca de los hechos involucran *a priori* cierto error de tipo cognoscitivo—.

La parte II contiene las respuestas publicadas de Wright a Simon Blackburn, Terry Horgan, Paul Horwich, Frank Jackson, Phillip Pettit, Mark Sainsbury, James van Cleve, y Timothy Williamson (en dos ocasiones). Al lector le puede sorprender la inclusión de las réplicas de Wright en ausencia de los artículos. A juicio de Wright las réplicas resultan suficientemente autocontenidas aunque, como subraya él mismo, el lector serio y precavido debería consultar también los textos originales. A mi juicio la inclusión de las mismas se justifica de manera suficiente si atendemos a las clarificaciones que hacen sobre aspectos centrales en los que, de acuerdo con la opinión del propio autor, *Truth and Objectivity* se presta a confusión. Ilustrativo de esto son las discusiones de la noción humeana de creencia *vis-à-vis* la cuestión expresivista, así como las del argumento inflacionista acerca de la verdad o las que se ocupan del riesgo de colapso entre la aptitud mínima para la verdad y la satisfacción de lo que se denomina *cognitive command*, temas que se retoman también en los artículos 10 y 12, y en el 15, respectivamente. Pero quizás de modo aún más importante, resulta muy esclarecedora la discusión de la cuestión acerca del *pluralismo sobre la verdad*. *Truth and Objectivity* parece alentar la idea de que hay diversas nociones de verdad apropiadas para los diversos discursos o, al menos, que hay diversas propiedades que tal noción puede significar, de modo que ‘verdad’ sería semejante, cuando menos, a expresiones ambiguas como ‘banco’. Ésta no es, al cabo, la posición que Wright defiende. Más bien, y siguiendo su propia analogía, ‘verdad’ resulta semejante a ‘indéntico a’: si bien con esto último se expresa unívocamente una noción —y se significa unívocamente una propiedad o relación— que, en cierto sentido, depende de cada ámbito —ya se trate de objetos materiales, personas, líneas, números, etc.— son menester distintas cosas para que se ejemplifique la propiedad o relación. Análogamente sucede con ‘verdad’ “El concepto de verdad admite de una caracterización uniforme dondequiera que sea aplicado —la caracterización dada por los lugares comunes mínimos, que determinan todo lo que es *esencial* al concepto de verdad— [p.101]. (El pluralismo acerca de la verdad es la tesis de que [...] no tiene por qué haber una sola cosa invariante con respecto a los discursos en los que la verdad consista.) En mi opinión no es del todo insensato albergar la sospecha de que el pluralismo acerca de la verdad, una vez clarificado, se podría formular quizás más afortunadamente en términos de distintos tipos de (cosas que son) verdades, más que en términos de distintos tipos de verdad —y así últimamente en términos de distintos tipos de

contenidos, condiciones de verdad, hechos o cualquier cosa que tenga la propiedad de conferir verdad—. Ésta parece ser también la opinión de, entre otros, Jackson, Pettit, y Sainsbury. Con respecto a esto Wright parece estar de acuerdo con ellos.

La parte III consta de dos artículos acerca del discurso moral. En “Moral Values, Projection and Secondary Qualities” [artículo 7], Wright argumenta en contra de la idea —defendida entre otros por John McDowell y David Wiggins— de que es posible defender el realismo sobre la moral apelando a la analogía con las tradicionales cualidades secundarias. Sin embargo, el éxito del argumento tal y como está formulado en este artículo depende, a mi entender, del modo específico de caracterizar la dependencia de respuesta de las tradicionales cualidades secundarias, algo que el propio Wright ha ido modificando en trabajos posteriores [véase *Truth and Objectivity* y el artículo 13].

En “Truth in Ethics” [artículo 8] Wright defiende que el realismo sobre la moral se compeadece mal con los rasgos relevantes del realismo propuestos en *Truth and Objectivity*, y que en realidad el tipo de intuiciones a las que apelan los defensores del realismo moral —“un cierto tipo de objetividad en la evaluación moral; dicho de forma ideal y precisa: el que la tendencia hacia la convergencia en la concepción de lo que es moralmente importante y la cuantía de su importancia sea de hecho algo intrínseco al pensar moral mismo” [p. 203]— son articulables en un marco no realista.

La parte IV consiste en cuatro artículos sobre la verdad. “Truth as Coherence” [artículo 9] es un estudio crítico del trabajo acerca de las concepciones coherentistas de la verdad de Ralph Walter. “Truth: A Tradicional Debate Reviewed” [artículo 10] resulta una excelente introducción a las discusiones sobre la noción de verdad recientes y de la ubicación en ese trasfondo de la concepción de *Truth and Objectivity*. “Truth as Sort of Epistemic: Putnam’s Peregrinations” [artículo 11] discute, en referencia a Hilary Putnam, la concepción de la verdad como trascendente a los mejores indicios, y contiene un *postscriptum* inédito con una respuesta a la respuesta de Putnam. “Minimalism and Deflationism” [artículo 12] ofrece una caracterización de la distinción entre minimismo y deflacionismo acerca de la verdad, una nueva versión, reforzada, del argumento inflacionista de *Truth and Objectivity*, y una discusión inédita de la posición de Robert Brandom.

La parte V la conforman los tres artículos de publicación más reciente, todos ellos fechados ya en el presente milenio. En ellos Wright aplica parte del arsenal conceptual de *Truth and Objectivity* a debates en metafísica, filosofía de la mente, y filosofía del lenguaje y de la lógica muy discutidos en los últimos años.

En “The Conceivability of Naturalism” [artículo 13], Wright se ocupa del famoso argumento kripkeano en contra de la naturaleza física del dolor y el resto de sensaciones. Después de defender este argumento de algunas conocidas objeciones, Wright argumenta que su alcance es mucho mayor que lo que se pudiera pensar, y cubre— o cubriría, de ser correcto— otros casos de dependencia de respuesta, entre los que están, presumiblemente, no sólo el de los colores sino los de los dominios de lo semántico, de lo moral o de lo psicológico. La respuesta de Wright a dicho argumento consiste en rechazar un modo en que el principio kripkeano de “contra-concebibilidad,” de acuerdo con el cual “*todo* enunciado putativamente necesario metafísicamente—incluso, por ejemplo, aquellos de constitución, identidad u origen— cuya justificación es *a posteriori*, son rehenes, tomando prestada la

afortunada expresión de Descartes, de lo que podamos concebir clara y distintamente, puesto que —salvo que se dé de hecho— una concepción clara y distinta de una situación es el mejor dato posible a favor de su posibilidad” [p. 366], es articulado contemporáneamente por teóricos bidimensionalistas como David Lewis, Frank Jackson o David Chalmers. De acuerdo con Wright, “debe haber una categoría de concebires (*conceivings*) que no lleguen a ser genuinas contra-concepciones de una proposición dada, no ya porque su detalle no logre ser sensible a la distinción entre los ítems acerca de los que la proposición versa y los ‘falsos’ equivalentes de los mismos, sino por no ser sensible a otra distinción: aquella que hay entre concebir genuinamente un escenario en el que P no se da y concebir, en cambio, como qué sería si, *per impossibile*, P resultase (se encontrase que era) falsa” [pp. 403-4].

“What Could Anti-Realism about Ordinary Psychology Possibly Be” [artículo 14] se ocupa precisamente de esta cuestión. Tras considerar las diversas alternativas —teoría del error, fictivismo, expresivismo, y mera aptitud mínima para la verdad, en el sentido articulado en *Truth and Objectivity*—, Wright concluye que ninguna de ellas es estable. Ello no revierte, por sí mismo, en una defensa del realismo, sino en la tesis de que “la psicología ordinaria tiene un tipo de inmunidad diplomática en el debate realismo *versus* antirrealismo, al menos si éste se conduce de alguna de las maneras conocidas” [p. 441].

Uno de los aspectos centrales no acabados del proyecto del libro concierne, de acuerdo con Wright, a la articulación del requisito entonces llamado *cognitive command* o relativismo. De ello se ocupa “On Being in a Quandary: Relativism, Vagueness, Logical Revisionism” [artículo 15]. *Truth and Objectivity* sugiere que los desacuerdos expresables en discursos que no satisfagan el requisito de *cognitive command* pueden no involucrar error alguno de tipo cognoscitivo. Y, en efecto, los discursos en cuestión parecen ser aquéllos acerca de los que, intuitivamente, las opiniones parecen ser “esencialmente contestables”. Tras desechar —a mi juicio, prematuramente— una articulación de dichas intuiciones relativistas según el modelo más tradicional de las expresiones dependientes de contexto [pp. 450-1], Wright se enfrenta al problema del aparente colapso entre la aptitud mínima para la verdad y la satisfacción del requisito de *cognitive command* observado ya en *Truth and Objectivity*, y señalado insistentemente por diversos críticos, entre ellos Timothy Williamson [artículos 4 y 5]. Su solución consiste en mantener que los desacuerdos en cuestión exhiben cierto tipo de indeterminación, en presencia de la cual se motiva una restricción intuicionista —lo que, a su vez, permite bloquear el argumento del colapso, impidiendo eliminar la doble negación de “no es verdad que las opiniones en conflicto de A y B no involucren algún error de tipo cognoscitivo” [p. 496]—, indeterminación que es de tipo semejante a la que según Wright acaece con respecto a casos fronterizos de predicados vagos.

Esto no constituye, sin embargo, la última palabra sobre la cuestión, ni siquiera la suya: véanse sus “Realism, Relativism, and Rhubarb”, en P. Greenough y M. Lynch (eds), *Truth and Realism: Current Debates*, Oxford, Oxford University Press, en prensa, publicación prevista en 2005, así como “Vagueness: the Fifth Column Approach” en J. C. Beall (ed), *Liars and Heaps*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

El estilo de estos tres artículos, así como del resto de los recopilados, es el característico de Wright, como sus lectores a buen seguro reconocerán de inmediato: elegante a la par

que denso y que exige, muchas veces, más de una lectura detallada. Esfuerzo éste que, por otra parte, resulta, sobradamente recompensando. Las ideas son profundas, novedosas, y, claro está, controvertidas. Hay sobradas razones para esperar que su discusión en los años venideros resultará tan provechosa como lo ha venido siendo la discusión de *Truth and Objectivity* a lo largo de ya más de una década.

*Dan López de Sa*

*The AHRC Research Centre for the Philosophy of Logic,*

*Language, Mathematics and Mind*

*School of Philosophical and Anthropological Studies*

*The University of St. Andrews*

*17 - 19 College Street, St Andrews, Fife KY16 9AL Scotland*

*E-mail: dlds@st-andrews.ac.uk*

*El tercer dogma: interpretación, metáfora e inconmensurabilidad*, de MANUEL HERNÁNDEZ IGLESIAS, MADRID, ANTONIO MACHADO LIBROS, 2003, 139 pp., 10 €

Antonio Machado Libros —antigua editorial Visor— acaba de publicar la segunda obra del profesor Manuel Hernández Iglesias. Con anterioridad había publicado el libro *La Semántica de Davidson* (Visor, Madrid, 1991), la principal obra de referencia en castellano para el conocimiento del pensamiento del recientemente fallecido autor americano. Al igual que en su primera obra, en esta segunda se impone la claridad expositiva y las argumentaciones bien hilvanadas, constituyendo un magnífico ejemplo de que las opiniones importantes y profundas en filosofía pueden ser expresadas de un modo claro y accesible.

Este trabajo supone un profundo examen de un término que, sobre todo a partir de la así llamada nueva filosofía de la ciencia, se ha convertido en moneda corriente no sólo en esta disciplina, sino también en otras áreas de reflexión filosófica así como en las ciencias sociales: la inconmensurabilidad. Autores como Kuhn o Feyerabend intentaron mostrar con sus trabajos una concepción del cambio científico inspirada en la historia de la ciencia que incidía en el hecho de que tales cambios eran mucho más radicales y menos continuistas de lo que los teóricos de la ciencia hasta entonces habían considerado. La inconmensurabilidad entre teorías era precisamente el término que venía a ilustrar la magnitud del cambio de teoría científica: había episodios de cambio científico tan profundos en la historia de la ciencia que convertía en incomparables, desde un punto de vista racional, tanto a la vieja teoría científica como a su nueva sustituta. La adopción de nuevos conceptos, o simplemente los cambios de significado de los antiguos, hacían que abrazar la nueva teoría científica no fuera tanto una cuestión de elección racional como una cuestión de fe y diera la impresión de que científicos de tradiciones diferentes vivían en mundos distintos.